

F. XAVIER MARTÍNEZ

CARAMBOLA

JML
Libros y Literatura

Primera edición.

Carambola.

© 2022, F. Xavier Martínez

© Libros y literatura SL

www.librosyliteratura.com

contacto@librosyliteratura.com

© Corrección: Laura Mas

© Diseño de portada e interiores: Nuria Medina

© Imágenes portada: Depositphotos

Impreso en España.

ISBN: 978-84-125971-1-0

Depósito Legal: A 493- 2022

Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.

A Sandra

PARTE I
AMOR Y ODIO

CAPÍTULO 1

Lágrimas de odio

Os de Balaguer, agosto 2019 – febrero de 2020

Han pasado más de cuarenta años desde entonces. Florenci la distingue a lo lejos rodeada de otras mujeres que bailotean alegres sorbiendo cerveza. La conoce desde siempre. Fue su amor de juventud y sabe muy bien que Aurèlia está en horas bajas y solo finge divertirse, evadiéndose así del marido que en casa le amarga la vida, insultándola y golpeándola sin que ella sea capaz de denunciarle por vergüenza social o miedo. Así lo intuyen también sus amigas del pueblo y sobre todo Pau, único hijo de la desavenida pareja, independizado hace años y que esta noche detecta también el simulado júbilo de su madre. El tono morado de sus ojeras es cada vez más oscuro y su voz ha perdido la vitalidad que siempre la caracterizó.

—Mamá, deberíais hacer terapia de pareja y papá tendría que buscar ayuda en Alcohólicos Anónimos. No te puedes pasar el día en casa llorando y renegando... Siempre que vengo os veo así, discutiendo y malhumorados. ¡Vete a saber qué pasa aquí cuando yo no estoy!

—Tu padre no levanta cabeza desde que se quedó sin su trabajo de viajante de toda la vida por el problema de la bebida y no es capaz de aceptar ese declive. No lo ha digerido y yo soy el blanco de todos sus ataques. Cada vez se muestra más agresivo y te juro

que preferiría que Dios se lo llevara al cielo. O al infierno, si así lo decide el Señor.

Con Florenci, también se sincera siempre que tiene ocasión de hablar con él, sin enmascarar su desazón y confesándole su íntima desesperación. Otra vez, una verbena más, él le ha guiñado un ojo en el baile y llevan ya más de media hora encadenando tangos y pasodobles.

—No quiero disimular más delante de la gente como he venido haciendo hasta ahora. Te quiero, Florenci. Ahora que eres viudo, deseo irme de aquí y vivir contigo en Sant Cugat. Ya no hay nada que pueda separarnos y merezco ser feliz de una vez por todas... que ya tengo sesenta y cinco. Quiero huir de este hombre que me amarga la vida y sentirte a mi lado, amor mío.

—Todavía no, Aurèlia. Es reciente la muerte de mi esposa Lorena y a mi hijo Robert le dolería ver cómo su padre no respeta el luto por el fallecimiento de su madre. Creo que deberíamos esperar, al menos, unos meses. Además, estaré muy ocupado hasta la próxima primavera vendiéndome la clínica y preparando mi jubilación. Cuanto todo esté encarrilado, ya podrás venir, pero, en cualquier caso, habrá que andarse con cuidado con el Game-rús: ¡no quiero ser víctima de un crimen pasional! Tan tranquilo que pareció siempre tu marido y ahora está desbocado, bebido todo el día y haciendo comentarios estremecedores.

En las largas noches del final del otoño, sopesa maneras de plantearle a su marido su decisión de separarse. Sabe que él no po-

dría soportar las compasivas miradas de sus convecinos y nunca aceptaría firmar el divorcio por mutuo acuerdo.

Hoy, día de Navidad, se ha atrevido a sugerírsele tras una discusión sin final. Ni siquiera ha respondido. Arruinado en su enésima aventura empresarial de corto vuelo, vive de su pensión de autónomo, dilapidada ya la herencia en *whisky* y negocios fracasados. Depende económicamente de los erráticos alquileres que su esposa Aurèlia cobra arrendando por Booking una vieja casa heredada a las afueras del pueblo, en el Camí Vell de Tragó.

Los tres últimos incidentes le bastaron para decidirlo. Buscaría el mejor método para librarse de él: quizás, envenenándolo; tal vez, cortándole accidentalmente la yugular o intoxicándolo con gas cuando durmiera la mona en el sofá. No podía soportarlo más. Primero, fue un bofetón a mano abierta en Nochevieja, cuando, después de cuatro copazos de Ron Negrita, ella le escondió la botella. Siguieron dos patadas en el muslo la noche de Reyes, cuando, molesta por sus desaires, no quiso cocinarle la cena. El último golpe, el definitivo, fue solo verbal, pero le dolió más que ningún otro. Pura violencia sin remedio, sin vuelta atrás.

—Vete de casa si no estás a gusto, vieja lunática. Me estorbas aquí y ya no sirves ni para hacer caldo. Lárgate y déjame en paz.

Muy enrabiado y con los ojos encendidos de ira, tiró del mantel y las albóndigas con tomate rodaron por la alfombra del salón. Platos rotos y ruido de cubiertos. Escoba, lágrimas, mocho y calma tensa.

No quiso discutir a gritos ni decirle que la casa la había heredado ella de sus padres y, por esa razón, era él quien, en justicia, debía marcharse. «Separación de bienes, me parece que le llaman

los abogados». Eso sentía la mujer. Esas paredes y esos muebles eran su casa de toda la vida, el fruto de las desolladas manos de sus padres recolectando almendras y aceitunas bajo el espeso manto de la niebla o del relente prepirenaico todos los inviernos del mundo.

Fría y calculadora, aquella misma noche, Aurèlia supo esperar el momento oportuno. Sin dudarlo, cogió impulso y, en el instante preciso, lo empujó por la empinada escalera del sótano tal y como lo había imaginado decenas de veces. Sus gritos de dolor se fueron amortiguando hasta apagarse a los pocos minutos. Deseaba su muerte. Ese era el resultado de un inconfesable y profundo odio acumulado en los últimos años. Aturdida, tomó asiento en su butacón, mirando al infinito y sin molestarse en asistirle durante cuatro tensas horas. Allí lo dejó, escuchando sus jadeos al principio y en completo silencio un rato después.

Ya de madrugada y con mucho tiento, bajó la escalera de veinte peldaños temiendo que aquel hombre malherido pudiera repentinamente recuperarse, agarrarla con fuerza y destrozarla a puñetazos. Pronto, comprobó que esas resurrecciones inesperadas solo ocurren en Hollywood y su marido estaba quieto, hecho un ovillo, inánime, con la cabeza impregnada de su propio vómito y la cara hinchada después del tremendo batacazo. Entonces sí, aliviada, llamó a Emergències Mèdiques de Balaguer.

Tras confirmar que el herido había perdido la vida, los enfermeros avisaron a los *mossos d'esquadra* y se abrieron diligencias policiales. El juez de guardia levantó el cadáver y ordenó su traslado al Institut de Medicina Legal de Lleida por tratarse de una muerte no natural y en extrañas circunstancias. Tras su declaración, Aurèlia Zapater quedó en libertad sin cargos después de narrar con sospechosa serenidad su película particular de los hechos: «Como todos los días, sonó mi despertador a las

seis. Vi la luz encendida de la escalera y allí abajo, tirado en el suelo, encontré a mi marido, inmóvil, quieto. Al principio, lo creí dormido por la borrachera, ebrio. Tal vez, en coma etílico o, quizás, muerto. Yo, la verdad, no lo sabía y rápidamente telefoneé a Urgencias».

La preceptiva autopsia fijó el deceso en torno a las dos de la madrugada, determinando como causa directa del mismo un infarto de miocardio. En el informe, también quedaron descritas otras observaciones: las contusiones por caída inesperada rodando en escalera estrecha de peldaños de obra con remate angular de acero, un coágulo por traumatismo craneoencefálico, una fractura de peroné y una tasa de alcohol en sangre de 0,95.

Apenas sale de casa desde que hace quince días enterró al Game-rús, su marido maltratador. Perdió la paciencia al oírlo entrar en casa tambaleándose y apestando a *whisky*. Ya no podía soportar sus desprecios y las cada vez más frecuentes agresiones físicas del que fue, hasta hace pocos años, un hombre comedido y soñador que la había conmovido. Sin enamorarse, sí es cierto que lo quiso y respetó como padre de Pau hasta que el chaval voló del nido. El tedio, el alcohol y una agresividad machista contenida durante muchos años destrozaron aquella armonía ficticia, aquel frecuente convencionalismo social de fingida paz conyugal.

—¿Un accidente doméstico? ¡Nadie te cree, bruja! El informe de autopsia lo falseó tu primo el forense para protegerte. Todo el mundo te critica por detrás, pero yo no quiero esconderme y lo tengo muy claro: eres una asesina y una vergüenza para nuestro pueblo.

Aurèlia disimula su malestar llenando su cesto de acelgas en un puesto ambulante de la Plaça de la Font. Su cuñado, Eugeni Buirra, insiste en increparla a voces ante la atónita mirada de sus convecinos.

— Ya ha vuelto al pueblo tu querido Florenci, a quien nunca has olvidado. ¿De verdad crees que mi hermano no sabía que siempre le has metido los cuernos con Florenci? Ese no se imagina de lo que puedes llegar a ser capaz, mala puta. ¿También lo matarás si una noche se viene con nosotros a tomar una copa?

CAPÍTULO 2

Amor en *stand-by*

Sant Cugat del Vallés (Barcelona)

Os de Balaguer (Lleida), enero – marzo de 2020

Florenci conoció la luctuosa noticia por WhatsApp aquella misma mañana de enero y, aturdido, salió a toda prisa del quirófano sin dar explicaciones al resto del equipo médico.

Pálido y desconcertado, se desabrochó la bata verde, se lavó las manos y cruzó el *hall* de su clínica de cirugía estética. Paraguas en mano, paseó a buen ritmo para despejarse y digerir el traumático suceso ocurrido en casa de la que fue su primera novia allí, en el pueblo, en su primera juventud. Sintió cierto pesar por aquel paisano sin suerte que, desde hacía al menos quince años, había abrazado el alcoholismo como tabla de salvación de su frustración personal.

Aquel fallecimiento le ayudó a decidir de una vez por todas su jubilación y su regreso definitivo a Os de Balaguer, de donde había emigrado décadas atrás para estudiar Medicina y afinarse en Barcelona. Su prestigiosa clínica lo ha convertido en un acaudalado empresario, aunque en una balanza romana con dos platillos pesarían más, sin duda, sus fracasos sentimentales que los millones acumulados. Dinero, más dinero, trabajo y escasa felicidad. ¿El amor? Justito y menos, de compromiso, de apariencia social. En definitiva, falso. Su hijo Robert, con casi treinta años, mantiene con él una cordial relación después de

una adolescencia displicente al ver cómo su padre canjeaba la convivencia familiar por horarios laborales interminables; una absurda transacción sin vuelta atrás. Además, su esposa Lorena, que en paz descansa, todavía enturbiaba más aquella relación contradiciéndole siempre que quería marcarle al chaval pautas educativas. La consideraba una mujer vacua, un ángel del dios Pluto que solo pensaba en joyas, moda y naderías para ricos tontos de nuevo cuño.

Enviudó y, casi enseguida, su único hijo se marchó también de casa. Desde entonces, cena solo todos los días, se aburre los fines de semana y, cansado de trabajar sin conseguir satisfacción, ha decidido vender ya la clínica, su gran logro profesional. Quiere dejar atrás los madrugones y el estrés después de muchos años de abnegado trabajo. Ha conseguido una casa estupenda, un gran éxito social en sus mejores años y una esposa de corazón vacío. Ha viajado, ha sido un vip en los mejores restaurantes y reúne en su bodega vinos prestigiosos que ahora descorcha sin más compañía que la de Netflix. Ni siquiera le interesan las amantes con las que esporádicamente se encamó, como aquella explosiva galerista Madeleine, neumática intelectual de curvas imposibles que él mismo había moldeado como si se tratara de una avejentada muñeca de plastilina.

Ahora, quiere olvidarse de todo eso y refugiarse en la que fue su casa de siempre, una centenaria edificación rural, por donde tiene por seguro que todavía deambulan las ánimas de sus antepasados. Siente una lacerante punzada de remordimiento cuando recuerda a sus padres, a quienes enterró hace muchos años sin siquiera haberlos asistido en el final de sus días, sin velarlos ni un solo minuto y casi como un comparsa en sus sepelios. Mejor tributo merecía aquel matrimonio tradicional de postguerra que solo con azadones y cazuelas humeantes de escudella había construido el más feliz de los hogares.

Obsesionada con él, lleva cincuenta años enamorada esperando en silencio reconquistarlo, inconfesable deseo de una mujer casada en un pueblo donde los rumores se propagan como el gas. Cuando, abruptamente, Florenci la dejó plantada a los veintitrés, ella, ofendidísima, quiso olvidar el desplante y, por despecho, fingió enamorarse de aquel pusilánime Gamerús que bebía los vientos por ella. Pero siguió siempre entregada a su Florenci porque la fuerza del amor vencía toda convención social y, al poco, volvió a soñar con él tragándose el orgullo. Las rígidas pautas sociales de los años setenta le impedían sonreírle, aunque se desviviera por hacerlo cuando, verano tras verano, Florenci pasaba una semana en el pueblo con motivo de las fiestas patronales. Siempre pensando en él, su vida ha estado emocionalmente hipotecada por una perenne insatisfacción vital.

Desde que Florenci enviudó, Aurèlia flota a lomos de una nube de ilusión, se acicala en casa para sí misma probándose ropa seductora y machacándose a base de zumba pensando en su regreso definitivo, inconcreta promesa que no quiere poner en duda. Imaginando un romance de película, empapa en sudor sus maillots para mantener firmes sus glúteos y tersa su piel, aunque los hombres ya no se recreen como antes recorriendo con la vista sus largas piernas. Él ya no es un Adonis tampoco, claro, pero no quiere decepcionarle. Ansía que la desee como siempre ha ocurrido y, todas las noches, se embadurna con un sinfín de exclusivos potingues recomendados en las perfumerías andorranas más exclusivas: crema para el abdomen, para las nalgas, mascarillas exfoliantes, leche corporal e innumerables cosméticos que solo un especialista puede conocer. Todo ese esfuerzo es para él, por si decidiera volver, por si corrobora con hechos sus promesas de

amor, por si sigue queriendo desnudarla cada vez que la ve, por si todavía la encuentra atractiva, por si...

Es una válvula de esperanza para huir de su prisión emocional, del tedio y de unos convecinos que le dan la espalda desde la muerte del Gamerús. No saben qué es lo que ocurrió exactamente aquella noche fatídica, pero sí saben todos que se la tenía jurada y esa sospecha de asesinato ha alimentado todavía más su leyenda negra. Aurèlia fue envidiada siempre por su gracia de niña, por su belleza de moza y por su patrimonio heredado: campos de almendros, granjas que ya vendió y la casita que reabilitó para turismo rural.

Lista, rica y criticada por envidiosos que nada conocen del dolor que la carcomió por dentro cuando Florenci la plantó y se largó a Barcelona sin mirar atrás. Ese desamor segó desde entonces su vida interior, maniatándola e incapacitándola para enamorarse de nadie más.

Ahora, necesita una esperanza donde agarrarse y el asidero vuelve a ser Florenci. Está ya en camino. Vuelve para amarla, para estar con ella. Dice que ya nada le retiene y que ha vendido su maldita Clínica Esthetic Sant Cugat. Por fin. Para siempre.

Es la estampa del Convent de Les Avellanés la que le anuncia la llegada a su pueblo, oculto hoy su campanario por una tardía niebla que tiñe de blanco aquellos campos sembrados de cereal, salpicados de olivos, almendros y algún curtido payés a lomos de su John Deere. Su pituitaria le evoca vivencias de juventud, el olor a campo, a granjas porcinas y a tierra húmeda. Florenci inspira hondo enfilando ya el tramo final de la carretera que le devuelve a sus orígenes, aquel lugar del que, quizás, nunca debió partir.

A mediados de los años setenta, dijo adiós a su novia Aurèlia sin más razón que la de labrarse un gran futuro profesional sin corsés de ningún tipo, tirando de sus múltiples matrículas de honor en la Facultad de Medicina de Barcelona. Allí se quedó ella, compuesta y sin novio. «¡Solterona se quedará la *xiqueta* de los Zapater!» era la cruel sentencia de los más cotillas. Ahora, en el atardecer de su vida, quiere recuperar aquel intenso amor que dejó varado décadas atrás.

Ha sido su primera noche en el pueblo y el sol de febrero se cuelga entre las revenidas lamas de la persiana de su dormitorio de siempre, desvelándole antes de las nueve de la mañana. Es su despertador natural, el preferido, por condescendiente y silencioso. Degusta tranquilamente el café de la renegrida cafetera de toda la vida y respira hondo. Lo compara con sus matutinos Nespresso acelerados y admite que esas cápsulas de estrés solo sirven para dispararle a uno, como a un cohete desnortado, hacia la vorágine urbana de las eternas prisas sin sentido.

Enfundado en una *pellissa* sin dueño —perenne abrigo que cuelga en el perchero del recibidor desde tiempo inmemorial—, se encamina hacia la plaza, el epicentro del sentir general del pueblo, y enseguida distingue las airadas voces del grupillo de hombres de campo que, con sencillas recetas de lógica aplastante, intentan arreglar el mundo:

—Dicen que el virus ese de la China ya ha llegado al norte de Italia y que cada día hay más muertos.

—Míralo, ahí viene... Ya tenemos aquí al barcelonata. ¡Casi medio siglo hace que lo espera aquella mujer! Si yo fuera él, tendría mucho cuidado. Cierto que el Gamerús iba trompa todo

el día y que, quizás, la zumbaba, pero no te engañes: ella gasta una mala leche de aúpa. ¿Se caería él solito por la escalera o lo empujaría ella? Eso es lo que dice su cuñado, que es una asesina y que su primo el forense falseó la autopsia. Pero, piénsalo, la diña y aún es hora de que su hijo le lleve flores a la tumba. ¡*Déu t'haigue perdonat*, Gamerús!

—Tal vez Pau, de niño, vio bofetadas y golpes a su madre. Eso los críos no lo perdonan y, quizás, ella también ponía de su parte para que el niño aprendiera a odiar a su padre. Pero, vaya..., el Gamerús se lo merecía. No se casca a las mujeres, «no se pega a quien te quiere», dice la canción... ¡A ver si eso nos entra en la cabeza a los hombres!

Florenci quiere cambiar de vida. Si no tuviera orígenes en un pueblo al que puede volver, lo tildarían de neorrural, más todavía si Os de Balaguer fuera aún más pequeño y deshabitado. Su voluntad ahora es olvidar sus absorbentes jornadas laborales, cultivar su huerto y criar sus propias gallinas, completar su dieta con el pan de siempre sin conservantes y, sobre todo, recibir el cariño de Aurèlia, su amor de juventud. Ella, a pesar del trance vivido con jueces y policías tras la muerte de su marido, vive el regreso de Florenci al pueblo como una colegiala enamorada que ha recuperado a su amor cuando ya, quizás, era una mera ilusión que necesitaba para solapar su profunda tristeza.

Lleva unas semanas viviendo con Aurèlia, confinados en casa, sin bares, sin alegría, pero su recuperado amor y esa red social real —su pueblo, sus gentes, su solidaridad y altruismo— es la que les enchufa endorfinas desde el alba hasta que se quedan dormidos en el más placentero silencio de la noche rural. Además,

bromea con sus vecinos desde la ventana de su guarida, sacándole punta al inesperado encierro por decreto que están viviendo.

—*Ja em diràs tu*, aquí en el pueblo, cerrados a cal y canto. Coño, que esto no es la China ni Barcelona, chico. Pero tenemos que portarnos bien y hacer caso al despeinado de la tele, el Fernando Simón ese de la voz ronca... Parece buen hombre y es un experto.

Aurèlia está allí, con él. Finalmente, estarán juntos y sin más preocupación que la de amarse y escuchar abrazados —como hacían en aquellos lejanos veranos de juventud— el monótono canto de las lechuzas en plácidas noches de cielo estrellado. No ve nubarrones en la senda de su felicidad y cree ser capaz de driblar cualquier sobrevenido obstáculo que pueda aparecérselo en el camino.

Ni se imagina lo enrevesada que será su jubilación. Esa felicidad soñada, aparentemente al alcance de su mano, volverá a esfumársele como un pez resbaladizo coleteando.

Juntos y en el pueblo, parecen dos recién casados. Desayunan frente al ventanal sin más banda musical que la de los gorriones y las callejeras risas infantiles. Una *llesca* de pan con tomate y *secallona* de la buena y un tazón desconchado de leche con café. Plácidos y felices, juntan sus manos y se besan.

—Tú y tus eternas promesas de amor. Cuatro veces me lo has jurado y perjurado y te diré que no te lo mereces, pero esta vez voy a creerte. Me veo en esa necesidad después de lo vivido hace unas semanas, el entierro de mi marido, las preguntas de los polis y, sobre todo, mi conciencia.

—Me vengo al pueblo a vivir, definitivamente. Ya hace muchas semanas que estamos juntos y está decidido. Ya está bien de es-

trés y de trabajar como un condenado toda la vida. Créeme esta vez, Aurèlia, hazme el favor. No quiero echarme atrás. Llevo casi dos meses aquí y veo que todavía tienes dudas. Nunca te olvidé, quiero que lo sepas: fuiste mi amor de juventud y lo serás siempre. Y, además, ¿cómo puedes culparme de tu fracaso matrimonial? Cuando yo me marché, escogiste a otro hombre, os cansasteis el uno del otro y, pasados los años, el aburrimiento y el desamor os adelantó por la derecha con un tufillo de alcohol que acabó de remachar el clavo. De allí, emergió el auténtico maltratador que tenías al lado, aletargados sus impulsos durante décadas. Pero escúchame: al principio, bien orgullosa que parecías cuando te casaste en Santa Bàrbara y no me digas que no. ¿Cómo pudo transformarse el Gamerús, un hombre tranquilo y conversador, en aquel bigardo de los últimos años? ¿De dónde salía aquel machismo latente que la corrección social le obligaba a enmascarar? En absoluto parecía que tuviera el perfil agresivo que se le supone a un machista violento. No sé a ti, pero a mí, cuando éramos amigos de jóvenes, nunca me lo pareció.

—Los últimos años fueron insoportables. Casi no hablábamos, solo había gritos, caras largas y desprecios. Y golpes. Al principio, sutiles, pero, luego, cada vez más frecuentes, aunque disimulando la fuerza. Y te aseguro que pasar miedo en tu propia casa es un continuo malvivir. Empujones discretos, pero muy despectivos. Me hacía callar, me escupía, rompía platos...

—Chica, ya lo sabes, del complejo mundo de la pareja y sus secretos no se han escrito tratados que aborden con puntería la cuestión. Mira, yo tampoco escogí precisamente una joya como pareja. También a mí me traicionó el Cupido de los cojones casándome con una pécora malintencionada con carita de ángel. Te confesaré que me quité una losa de encima al divorciarme y, cuando murió, te puedo jurar que descansé. Me alegré, te soy

sincero. Es igual que tú, que celebras la muerte del Gamerús por mucho que sea el padre de tu hijo y hayas convivido con él tantos años. Me pasa como a ti: a mi consciencia no puedo engañarla. Prefiero que haya pasado a mejor vida y no tener que verla nunca más. Dicho así, suena fatal, pero es la puta realidad.

Durante aquellas primeras semanas de confinamiento, Florenci y Aurèlia vivieron el idilio de paz y amor aplazado durante décadas. Curiosamente, para ellos dos, aquel estado de alarma que el presidente español Pedro Sánchez decretó el catorce de marzo de 2020 les obligó a confinarse y lo hicieron juntos, viviendo en pareja como siempre habían soñado. Para ella, es el esfumado amor de su vida cuando su flor estaba radiante y, para él, un primer amor que su bisoñez le llevó a desperdiciar por una voraz ansia de ver mundo y ganar dinero. A menudo, se flagela pensando que nunca ha vuelto a amar de aquella manera y aconseja a todos que, cuando se den cuenta de que aman con ilusión y se sienten correspondidos, sepan declinar lo fútil, las tentaciones, el dinero o el prestigio profesional.

PARTE II

DALÍ